

CYNTHIA D'APRIX SWEENEY

De Buena Familia

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

Prólogo

Mientras los invitados recorrían la terraza del club de playa bajo un atardecer plenamente estival, dando amanerados sorbos a sus cócteles para verificar que el alcohol fuera de marca y nivelando tortitas de cangrejo sobre servilletas de papel, no dejaban de oírse comentarios. Unos eran decorosos, sobre la suerte de que hiciera un tiempo así, porque mañana volvería la humedad. Y otros, más indecorosos y en voz baja, se referían a lo ajustado del vestido de raso de la novia, cuyo rebosante escote dudaban si atribuir al mal corte, al mal gusto (un *look*, que habrían dicho sus hijas) o a un aumento de peso inesperado, y entonces se intercambiaban guiños y chistes viejos sobre tostadoras canjeadas por pañales. Ignorando unos y otros, Leo Plumb se marchó de la boda de su primo con una de las camareras.

Había estado evitando a su mujer, Victoria, que casi no le dirigía la palabra, y a su hermana Beatrice, que lo hacía sin parar, empeñada en que se reunieran todos para el día de Acción de Gracias. ¡Acción de Gracias! ¡En julio! Leo llevaba veinte años sin celebrar un festivo en familia, desde mediados de los noventa, si no le fallaba la memoria, y no estaba de humor para cambiar.

En pleno subidón, se puso a buscar la barra al aire libre donde se rumoreaba que no había nadie, y fue entonces cuando vio por primera vez a Matilda Rodríguez con una bandeja de copas de champán. Circulaba entre la multitud envuelta en un radiante resplandor, debido en parte a que el sol del crepúsculo bañaba la punta este de Long Island con un rosa indecente, y en parte a la coca, de excelente calidad, que jugaba con las sinapsis

de Leo. El subir y bajar de las burbujas sobre la bandeja de Matilda parecía una llamada exultante, una invitación cuyo único destinatario era él. Un práctico moño apartaba su recio pelo negro de los anchos rasgos de su cara. Era toda ella ojos azabache y labios rojos y carnosos. Leo contempló el elegante vaivén de sus caderas al abrirse paso entre los invitados de la boda, llevando muy en alto, como una antorcha, la bandeja ya vacía. Tras pescar un martini a un camarero de paso, siguió a Matilda hasta la cocina, al otro lado de las puertas de vaivén de acero inoxidable.

Matilda (diecinueve años, aspirante a cantante, camarera insegura) tuvo la impresión de que, en un minuto, había pasado de distribuir champán a setenta y cinco miembros de la extensa familia Plumb y sus mejores amistades, a ir a toda pastilla hacia el estrecho de Long Island en el Porsche de estreno, recién alquilado, de Leo, en cuyo pantalón de lino, más ceñido de la cuenta, reposaba la mano de la joven, entregada a caricias inexpertas por debajo del pene con la yema del pulgar.

Al principio se había resistido, mientras Leo la acorralaba en una despensa y, sujetándola por las muñecas, la bombardeaba con preguntas: «¿Quién eres? ¿De dónde sales? ¿A qué otra cosa te dedicas? ¿Eres modelo? ¿Actriz? ¿Sabes que eres muy guapa?».

Matilda ya conocía sus intenciones. Siempre se le insinuaban en aquel tipo de fiestas, pero solía tratarse de hombres mucho más jóvenes (o de una edad risible, verdaderos vejestorios) con un arsenal de frases horteras de ligón y supuestos halagos con vago aroma a prejuicio. (Tenían la manía de llamarla J. Lo, cuando no se le parecía en nada; sus padres eran mexicanos, no puertorriqueños.) Hasta para el nivel tan alto de los invitados de esa tarde, Leo era de un atractivo inverosímil, palabra que estaba segura de no haber aplicado nunca a alguien cuyas atenciones casi la hacían disfrutar. Se le podían ocurrir otras como «*sexy*», o «mono», o hasta «guapísimo», pero «atractivo»... Sus conocidos de sexo masculino aún no tenían edad para ser atractivos. Miró

la cara de Leo sin poder evitarlo, para intentar determinar de qué variables se componía el atractivo en cuestión. Tenía los ojos y el pelo oscuros, como ella, y las cejas pobladas. En cambio, la dureza angulosa de sus facciones contrastaba con la suave redondez de las de Matilda. Por la tele habría interpretado a un personaje distinguido, como, por ejemplo, a un cirujano, y ella a la enferma terminal que le suplica que la cure.

Fuera de la despensa, al otro lado de la puerta, se oía el repertorio nupcial de rigor, interpretado por la banda de música (bueno, más que banda, orquesta, porque los músicos eran al menos dieciséis). Leo le agarró las manos y la obligó a marcarse un valsecito mientras cantaba muy cerca de su oído, al compás, con una voz de una sonoridad muy viva y agradable. «*Someday, when I'm awfully low, when the world is cold, I will dah-dah-dum just thinking of you, and the way you look tonight.*»

Matilda sacudió la cabeza y se soltó con una suave risa. La atención de Leo la ponía nerviosa, pero al mismo tiempo hacía palpar algo muy hondo en su interior. Por otra parte, pararle los pies en la despensa no dejaba de tener un poco más de interés que preparar rollitos de jamón y espárragos en la cocina, como era su obligación. Cuando, tímida, le dijo que quería ser cantante, él contestó enseguida que tenía amigos en Columbia Records, y que siempre buscaban nuevos talentos. Luego Leo se acercó otra vez, y aunque alarmó a Matilda al tropezar un poco y apoyar una palma en la pared, como si lo necesitara para no perder el equilibrio, la preocupación se disipó ante la pregunta de si tenía una demo, algo que pudieran escuchar dentro del coche.

—Porque si me gusta —dijo, entrelazando los finos dedos de Matilda con los suyos— lo pondría todo en marcha ahora mismo. Te ayudaría a que llegara a las personas indicadas.

Mientras Leo la guiaba con habilidad, haciéndola pasar al lado del aparcacoches, Matilda se giró para echar un vistazo a la puerta de la cocina. Si el plantón llegaba a oídos de su primo

Fernando, que era quien le había conseguido aquel trabajo, se pondría furioso. Pero Leo había dicho «Columbia Records», y «Siempre buscan nuevos talentos». ¿Cuántas oportunidades como esa podían presentarse? Solo se ausentaría un momento, lo justo para dar buena impresión.

—A Mariah la descubrió Tommy Mottola cuando hacía de camarera —dijo medio en broma, pero también para intentar justificar sus actos.

—¿En serio?

Leo la empujó hacia su coche, atento a las ventanas del club que daban al aparcamiento. Entraba dentro de lo posible que lo viera Victoria desde la terraza lateral donde se habían reunido todos, y era más que probable que ya hubiera reparado en su ausencia y anduviera buscándolo por todas partes. Y terriblemente enfadada.

Al llegar a la puerta del coche, Matilda se quitó los zapatos de trabajo, de loneta negra, y sacó otros plateados de tacón de una bolsa de la compra gastada.

—No, si no hace falta que te cambies de zapatos —dijo Leo, conteniendo el impulso de enlazar su cintura de avispa ahí mismo, a la vista de todos.

—Pero ¿no íbamos a tomar una copa?

¿Había dicho Leo algo de una copa? No, imposible. Era su localidad natal, un pueblo pequeño donde lo conocían todos: su familia, su madre, su mujer... Apuró el martini y tiró el vaso vacío a los arbustos.

—Si a la señora le apetece una copa, la tendrá —dijo.

Matilda deslizó los pies en las sandalias. Acto seguido pasó suavemente una de las finas tiras metálicas por la protuberancia del talón izquierdo, y después por el derecho. Al incorporarse, sus ojos ya quedaban a la altura de los de Leo.

—Es que me da mucha rabia ir con zapatos planos —dijo mientras se bajaba un poco más su blusa blanca y ceñida—. Hacen que me sienta plana yo también.

Leo prácticamente la empujó al asiento delantero, donde no la vieran y quedara a resguardo del cristal tintado.

En el asiento delantero, Matilda oyó con estupefacción su voz metálica y nasal en unos altavoces de calidad obscena. En el Dell prehistórico de su hermana sonaba de otra manera. Muchísimo mejor.

Leo escuchaba dando golpecitos con la mano en el volante. La luz interior del coche hacía brillar su anillo de casado. Lo de ser casado iba totalmente en contra de las normas de Matilda. Esta se dio cuenta de que Leo hacía un esfuerzo por mostrarse interesado en su voz, y que buscaba palabras elogiosas.

—Tengo mejores grabaciones. Debí de equivocarme de versión al descargarla —dijo. Sintió que se le calentaban las orejas de vergüenza. Leo no apartaba la vista de la ventanilla—. Será mejor que vuelva —dijo ella, acercando la mano al tirador.

—No.

Leo le puso una mano en la pierna. Resistiendo el impulso de apartarse, Matilda se irguió un poco y pensó a toda velocidad. ¿Con qué podía contar para mantener su atención? Odiaba hacer de camarera, pero Fernando seguro que la mataría por desaparecer en medio de la cena. Leo le miraba descaradamente el pecho. Al bajar la vista, a ella le llamó la atención una pequeña mancha en sus pantalones negros. Rascó con la uña un poco de vinagreta de Módena. Había preparado litros de aliño. Seguro que dentro ya estaban emplatando la ensalada y las gambas a la plancha, y estrujando las botellas de aliño para hacer adornos en el borde de los platos, supuestos dibujos de olas como los que hacen los niños para representar el mar.

—Me gustaría ver el mar —dijo en voz baja.

Y fue en ese momento, con tal lentitud que al principio Matilda no supo muy bien lo que pasaba, cuando Leo le tomó la mano (llegó a pensar, tonta de ella, que se la besaría, como los personajes de las telenovelas que veía su madre) y se la puso en el regazo. De aquella parte se acordaría siempre, de que Leo no dejó ni un momento de mirarla; no cerró los ojos, ni echó la cabeza hacia atrás, ni se lanzó a por un torpe beso, ni le manoseó los botones de la blusa, sino que la miró un buen rato a los ojos, fijamente. Viéndola.

Debajo de su mano, Matilda lo sintió reaccionar, y fue un momento electrizante. Mientras Leo sostenía su mirada, ella aplicó cierta presión con los dedos, y de pronto el equilibrio de poderes del coche dio un vuelco a su favor.

—Creía que íbamos a ver el mar —dijo, porque no quería que la vieran desde la cocina.

Con una sonrisa burlona, Leo dio marcha atrás. Aún no se había abrochado del todo el cinturón y Matilda ya le había bajado la cremallera de los pantalones.

No se le podía reprochar a Leo haberse corrido tan deprisa. Su mujer lo tenía a pan y agua desde hacía semanas, desde que lo había pillado metiendo mano a una canguro en el pasillo trasero de la segunda residencia de un amigo. De camino a la playa, Leo tuvo la esperanza de que la combinación de alcohol, cocaína y bupropión retrasara el desenlace, pero cuando Matilda, decidida, cerró la mano, Leo supo que las cosas iban a precipitarse. Cerró los ojos un segundo (uno solo) para concentrarse y frenar la embriagadora imagen de la mano de la joven subiendo y bajando, con el azul del pintaúñas descascarillado. Ni siquiera llegó a ver el cuatro por cuatro que llegaba lanzado por Ocean Avenue a mano derecha, en perpendicular al coche de ellos. No comprendió hasta que fue demasiado tarde que el chirrido que oía no era la voz de Matilda en el equipo de música, sino algo muy distinto.

Ninguno de los dos tuvo tiempo de nada, ni siquiera de gritar.

PRIMERA PARTE

Nieve en octubre

El hecho de que la noche anterior los tres hermanos Plumb hubieran acordado por teléfono no beber en presencia de su hermano Leo, explicaba que estuvieran sentados, sin saberlo, en distintos bares del entorno de Grand Central, paladeando un furtivo cóctel antes de comer.

No era una tarde de otoño normal. Dos días antes había subido por el centro de la costa atlántica un temporal de viento del noreste en colisión con un frente frío procedente de Ohio y una masa ártica que descendía desde Canadá. La consiguiente tormenta había establecido nuevos récords de nieve en varios sitios, y un invierno de insólita precocidad había cubierto de blanco las localidades situadas entre Pensilvania y Maine. En la pequeña ciudad dormitorio donde vivía Melody Plumb, a cincuenta kilómetros de Manhattan, la mayoría de los árboles aún no se habían despojado de todo su follaje otoñal, y muchos sucumbieron, del todo o a medias, a la nieve y el hielo. Las calles estaban cubiertas de ramas. Algunas poblaciones seguían sin electricidad, y el alcalde hablaba de cancelar Halloween.

Aunque persistiera el frío y de vez en cuando hubiera apagones, Melody no tuvo percances durante su viaje en tren hasta Manhattan. Ahora estaba instalada en el bar del vestíbulo del hotel Hyatt de la calle Cuarenta y dos, donde albergaba la certeza de que no se encontraría con ninguno de sus dos hermanos. Su propuesta de que comieran en el restaurante del hotel, en vez de reunirse donde siempre, en el Oyster Bar de la estación Grand Central, había topado con las burlas de Jack y Beatrice,

por no tener cabida el Hyatt en su lista de lugares juzgados aceptables en virtud de no se sabía qué misteriosos criterios, que Melody no tenía el menor interés en descodificar. Ya no estaba dispuesta a considerarse inferior a ellos. Se negaba a ser menos por no compartir su veneración por el viejo Manhattan en todas sus encarnaciones.

Sentada al lado de los ventanales del nivel superior del enorme vestíbulo (inhóspito, tenía que reconocerlo: demasiado grande, gris, moderno, con una horrible escultura de tubos de acero que acechaba en las alturas; no hacía falta que estuvieran con ella Jack y Bea para que pudiera oír su mofa incisiva, y la alivió no tenerlos a su lado), Melody pidió la copa de vino blanco menos cara (doce dólares, ¡doce!, más de lo que se habría gastado en casa por toda una botella) y esperó que el barman tuviera la mano generosa.

Desde la tormenta hacía un frío más propio de otras fechas, aunque por fin empezaba a asomar el sol e iban subiendo las temperaturas. La nieve amontonada en las aceras de Midtown se derretía con celeridad, convertida en charcos de hielo embarrado imposibles de esquivar. Vio que una mujer, particularmente mal vestida, intentaba saltar sobre el agua estancada y fallaba por escasos centímetros, mojándose sus bailarinas intensamente rojas en un agua que además de sucia debía de estar gélida. A Melody le habría encantado tener unos zapatos así de delicados, pero no habría sido tan tonta como para ponérselos con ese tiempo.

Tuvo una punzada de ansiedad al pensar en sus hijas, obligadas a salvar tantas esquinas traicioneras en su camino hacia la parte alta. Después de un sorbo de vino (ni fu ni fa) se sacó el móvil del bolsillo y abrió su aplicación favorita, la que Nora llamaba «Acosolandia». Pulsó el botón de búsqueda y esperó a que se cargara el mapa y aparecieran en pantalla los puntos que representaban a sus dos mellizas de dieciséis años.

Le parecía un milagro que con un aparato que cabía en una mano se pudiera seguir con precisión el paradero de Nora y de Louisa, a condición de que llevaran encima sus teléfonos.

Y siendo adolescentes los llevaban siempre. Mientras se dibujaba el mapa, sintió las palpitaciones de pánico habituales, hasta que aparecieron en la parte superior de la pantalla dos círculos azules que latían junto a la palabra ¡Localizado!: las chicas estaban exactamente donde tenían que estar, en el centro de preparación para los exámenes de acceso a la universidad de la parte alta.

Hacía más de un mes que iban a clase los fines de semana. Normalmente Melody realizaba el seguimiento de sus evoluciones matinales desde la mesa de su cocina, atenta a los puntos azules que se deslizaban hacia el norte a partir de Grand Central, ciñéndose a meticulosas instrucciones: a la salida de la estación de tren debían tomar el autobús de la avenida Madison hasta la calle Cincuenta y nueve, y luego caminar hacia el oeste hasta el centro de estudios de la calle Sesenta y tres, justo al lado de Columbus. En ningún caso podían subir por la acera del parque, sino por el lado sur de la calle, junto al séquito de hombres uniformados que oirían sus gritos de auxilio si surgía algún problema. Tenían rigurosamente prohibido entrar en Central Park o desviarse de su ruta. Melody les inculcaba cada semana el temor de Dios, llenando sus cabezas con historias de chicas secuestradas o perdidas, obligadas a prostituirse, o asesinadas y arrojadas al río.

«Bueno, tampoco es que Upper West Side sea Calcuta», alegaba afablemente su marido, Walter, pero ella tenía miedo. La idea de que se movieran por la ciudad sin su protección le daba taquicardia y le hacía sudar las palmas de las manos. De hecho, ahora las tenía sudorosas. Por la mañana, tras desembarcar con sus hijas en Grand Central, se había resistido a separarse de ellas. Los sábados, la estación estaba llena de turistas enfrascados en sus guías u horarios de trenes, o en buscar la «galería de los susurros». Se despidió de las mellizas con un beso, y siguió mirando hasta que ya no vio sus nuca, rubia la una, morena la otra. No parecía que fuesen de fuera. Su forma de moverse entre la multitud no delataba el menor titubeo. Parecían urbanitas,

y eso a Melody le daba un poco de aprensión. Quería que fuesen suyas, de ella; que dejaran de hacerse mayores. Ya no se lo contaban todo (pensamientos, deseos o preocupaciones) como antes. Ya no conocía tan bien sus corazones, ni tampoco sus cabezas. Sabía que era ley de vida dejar que crecieran y se fueran; quería que se hiciesen fuertes, independientes y felices (sobre todo felices, por encima de cualquier otra cosa), pero le daba vértigo haber dejado de entender a fondo su funcionamiento interno. Ya que no podía estar segura de cómo se movían por el mundo, al menos podía observarlo desde la palma de su propia mano. Algo era algo.

—Leo nunca os devolverá el dinero —le había dicho Walter justo antes de que se fueran hacia la estación—. Estáis soñando. Es una pérdida de tiempo.

Melody necesitaba convencerse de que estaba en un error, aunque temiera lo contrario. Ella y Walter habían tenido que empeñarse a fondo para comprar su casa, un edificio pequeño pero histórico en una de las calles más bonitas del pueblo. Luego el hundimiento de la economía había hecho caer en picado los precios de las casas, y dentro de poco subiría el tipo variable de la hipoteca, que de hecho ya no se podían permitir. El saldo pendiente aún era demasiado alto como para plantearse una segunda hipoteca. La universidad estaba a la vuelta de la esquina, y en el banco no quedaba casi nada. Melody había contado con el Nido.

Vio que en la calle la gente se quitaba los guantes, se desenrollaba las bufandas y levantaba las caras hacia el sol. Le satisfizo un poco pensar que si quería podía no salir en toda la tarde. El principal motivo de que le gustara tanto el bar del Hyatt era que el hotel se comunicaba con Grand Central por un pasillo poco transitado. A la hora de comer regresaría a la estación por su insulso y secreto pasadizo y bajaría al Oyster Bar. Gracias a su prudencia, estaría varias horas en Nueva York sin tener que poner un pie en el asfalto, y sin respirar ni una sola pizca del aire de Manhattan, que siempre imaginaba poblado de partículas grises. Durante el poco tiempo que Walter

y ella habían vivido en Upper Manhattan (en el «upper upper», la parte aún más alta), donde habían nacido las mellizas, Melody había librado una guerra sin cuartel ni esperanza contra el hollín de la ciudad. Por muy a menudo que pasara un trapo húmedo por la madera, siempre reaparecían motas negras, a veces en cuestión de horas; y al carecer de un origen comprobable, aquellos residuos le preocupaban. Los sentía como una manifestación física del deterioro de la propia ciudad, cuyo tráfico humano se iba reduciendo por desgaste al sucio polvo gris de las ventanas.

Vio a otra mujer con una copa de vino al fondo de la sala, y tardó un poco en reconocer su reflejo. Estaba más rubia de lo habitual. Había elegido una tonalidad más clara en la farmacia, con la esperanza de disimular la larga nariz y el acusado mentón que tanto ella como su hermana Beatrice habían heredado de sus antepasados paternos de Nueva Inglaterra. Por alguna razón, las mismas facciones pronunciadas que a Bea la favorecían (*Madame X*, la llamaba Leo en referencia al retrato de Sargent), prestaban a Melody un aspecto involuntariamente seco. Cuando más la irritaba su cara era en la época de Halloween. Un año en que las niñas aún eran pequeñas, salieron a comprar disfraces, y Nora, señalando un anuncio donde aparecía una bruja (no demasiado fea, sin verrugas, cara verde ni dientes podridos, pero bruja al fin y al cabo), con su humeante caldero, dijo: «¡Mira, es mamá!».

Recogió la cuenta de la mesa y se la dio al camarero, junto con la tarjeta de crédito. «Nunca os devolverá el dinero», había dicho Walter. Tú espera, pensó ella. Ni loca dejaría que una sola noche de estupidez y desenfreno por parte de Leo destruyera el futuro de sus hijas, y menos habiendo trabajado tanto e incitado a las niñas a soñar a lo grande. A la pública no irían, no señor.

Volvió a mirar el mapa del teléfono. Si le gustaban tanto los puntos azules, con sus vibraciones expansivas, también era por razones íntimas: le recordaban la primera ecografía, el día en que ella y Walt habían visto por primera vez dos latidos gemelos,

dos sombras grisáceas e informes que palpitaban arrítmicamente en lo más hondo de su pelvis.

«Dos al precio de uno», les dijo alegremente el especialista, mientras Walt apretaba la mano de Melody, y ambos contemplaban la pantalla y se miraban como lo que eran, dos ingenuos soñadores. Se acordó de que había pensado: Ya no habrá nada mejor. Y en algunos aspectos era cierto. En aquel momento ya sabía que después de traer al mundo a aquel par de vulnerables corazones jamás volvería a sentirse tan capaz, ni con la misma fuerza protectora.

El camarero se acercó con cara de preocupación. Melody suspiró y abrió otra vez la cartera.

—Lo siento, señora —dijo él, tendiendo la Visa a la que Melody había confiado poder sacar un poco más de jugo—, pero no me la acepta.

—No pasa nada —contestó ella, al tiempo que le ofrecía la tarjeta secreta que había activado sin decírselo a Walt. Como se enterase, la mataría. Lo mismo que si averiguaba que, aunque la academia de Nueva York fuera más barata que el profesor privado a domicilio que quería ella, no dejaba de costar el doble de lo que le había dicho, y que por eso necesitaba otra tarjeta—. Me había confundido.

Observó al camarero, que había vuelto a la caja para hacer el cargo. Estaban los dos completamente quietos. Solo dejaron de aguantar la respiración cuando la máquina empezó a escupir el comprobante.

«A mí me gusta nuestra vida —le había dicho Walt por la mañana, arrojándose a ella—. Y me gustas tú. ¿No podrías fingir que yo también te gusto, aunque solo fuera un poco?». Y aunque lo hubiera dicho con una sonrisa, Melody sabía que a veces estaba preocupado. Relajada sobre el reconfortante volumen de su cuerpo, había respirado su tranquilizante olor a jabón, camisa recién lavada y chicle de menta verde. Con los ojos cerrados se había imaginado a Nora y Louisa, guapas y esbeltas, con togas y birretes satinados, en un frondoso patio de universidad de Nueva Inglaterra, con el sol de la mañana en sus caras radiantes

de entusiasmo, y el futuro abriéndose ante ellas como un rollo de seda. Eran tan inteligentes, tan guapas, sinceras y buenas... Quería que lo tuvieran todo: las oportunidades que a ella le habían faltado, y las que les había prometido. «Sí que me gustas, Walter—había murmurado con la boca en el hombro de su marido—. Me gustas muchísimo. A quien odio es a mí misma.»

Del otro lado de Grand Central, una escalera con moqueta llevaba a unas puertas de cristal donde ponía CAMPBELL APARTMENT, y tras ellas Jack Plumb devolvía su cóctel porque no le parecía que hubieran incorporado bien la menta.

—La han puesto como un simple adorno, no como un ingrediente —le dijo a la camarera.

Su acompañante llevaba dos décadas siendo su pareja, y casi siete semanas siendo su marido a ojos de la ley. Jack confiaba en que los otros Plumb desconocieran la existencia de aquel sitio, el antiguo despacho de un magnate de los años veinte reformado y reinventado como coctelería de lujo. A lo sumo podía conocerlo Beatrice, pero no era de su estilo. Demasiado formal. Y demasiado caro. No se podía ir vestido de cualquier manera, y a ciertas horas podía llenarse hasta resultar molesto de pasajeros en tránsito, afortunadamente escasos en aquella tarde de sábado.

—Versión 2.0 —dijo Walker cuando la camarera puso el cóctel rehecho frente a Jack, que tomó un sorbo.

—Muy bueno —dijo.

—Disculpa la molestia —le dijo Walker a la camarera.

—Eso —añadió Jack cuando ya se alejaba, en voz baja pero no tanto como para que no lo oyera Walker—, no vayas a ofenderte por tener que hacer tu trabajo.

—Es la que sirve las copas, no la que las prepara. —Walker mantuvo un tono afable. Jack estaba de mal humor—. ¿Y si te tomaras un buen trago y procuraras relajarte?

Jack pellizcó un trozo de menta y lo masticó un segundo.

—Me gustaría saber —dijo— si alguna vez sirve de algo pedirle a alguien que se relaje. Es como decirle «respira» a una persona que está hiperventilando, o «traga» a alguien que se ahoga. Como orden, carece de cualquier utilidad.

—No te ordeno nada, te doy un consejo.

—Es como decir: «Sobre todo no pienses en un elefante rosa».

—Vale, ya lo he pillado —dijo Walker—. Pues si te parece, me relajo yo y tú haces lo que quieras.

—Gracias.

—A la comida, si es para ayudarte, iré con mucho gusto.

—Ya me lo has dicho. Unas mil veces.

Aun siendo inútil, y mezquino, tratar de provocar a Walker, Jack lo intentaba, consciente de que ponerse borde con él aflojaría fugazmente el nudo de rabia que tenía dentro. La verdad era que se había planteado invitarlo a comer. Su familia prefería la compañía de Walker a la suya. ¿Quién no? Con su risa estruendosa, su expresión amable y su inagotable bondad... Era como un Papá Noel bien afeitado, ligeramente más delgado y gay.

Pero no, no podía invitarlo, porque a los otros Plumb aún no les había dicho nada sobre su boda con Walker a principios del pasado septiembre, boda a la que no habían sido invitados porque Jack quería un día perfecto, y eso para él significaba un día sin Plumb. No quería atender a las quejas de Bea sobre el accidente de Leo, ni oír cómo el orondo marido de Melody le contaba a quien tuviera oídos que su nombre era «Walter, no Walker». (Décadas después, haber elegido parejas con nombres casi idénticos seguía exasperando a Jack y a Melody.)

—Perdona que me haya puesto borde —dijo finalmente.

Walker se encogió de hombros.

—No pasa nada, cariño.

—Perdona que esté siendo un gilipollas.

Jack giró el cuello, atento al pequeño chasquido, a la vez alarmante y satisfactorio, que oía desde hacía poco. Ya iba para viejo. Virgen santa... Seis años para los cincuenta. A saber qué horrores les tendría reservados esa década a su cuerpo delgado

pero cada vez más fofo, a su ya algo maltrecha memoria y a sus alarmantes síntomas de calvicie. Sonrió un poco a Walker.

—Después de comer estaré mejor.

—Pase lo que pase en la comida, seguro que estaremos mejor. Todo saldrá bien.

Jack se arrellanó un poco más en el sillón de cuero y empezó a hacer crujir los nudillos, a sabiendas de que a su marido le daba grima. ¿Cómo no iba a pensar Walker que saldría todo bien, si no sabía nada de las estrecheces económicas de Jack? (Otro motivo para preferir que no estuviera en la comida, por si surgía la ocasión de describirle a Leo el coste exacto que estaba suponiendo su pequeña escapada por los andurriales de Long Island.) En 2008, su plan conjunto de pensiones había sufrido un mazazo tremendo. Desde que eran pareja, vivían de alquiler en el mismo apartamento de West Street. La pequeña tienda de antigüedades de Jack en West Village nunca había dado enormes beneficios, pero en los últimos años ya le parecía una suerte cubrir gastos. Walker, abogado, trabajaba por su cuenta y siempre había sido la principal fuente de ingresos de la pareja. Su única inversión un poco seria era la modesta casa donde tanto les gustaba pasar los veranos, y que Jack, en secreto, había usado como garantía para un préstamo. Contaba con el Nido, no solo para cancelar la línea de crédito hipotecario, sino porque era lo único que podía ofrecer a Walker como aportación a su futuro en común. No se creía para nada que Leo estuviera arruinado. Tampoco le importaba. Solo quería lo que le correspondía por derecho.

Jack y Leo eran hermanos, pero no amigos. Casi nunca hablaban. A veces Walker presionaba un poco («a la familia no se puede renunciar»), pero Jack había hecho un gran esfuerzo para distanciarse de los Plumb, y en especial de Leo. Junto a él se sentía inferior, una versión menos inteligente, interesante y triunfadora de su hermano mayor, que era el sambenito que le habían colgado en el instituto y del que nunca había llegado a desprenderse por completo. En el instituto, unos amigos de Leo le habían puesto a Jack el denigrante apodo de Leo Light, y no

se lo había quitado de encima ni siquiera después de graduarse. Durante el primer mes de la universidad se había encontrado con alguien de su localidad natal, que lo había saludado con un maquinal «hombre, Light, ¿qué tal?», y Jack había estado a punto de darle un puñetazo.

Se abrió la puerta del bar e irrumpió un grupo de turistas, acompañado por un soplo de aire excesivamente frío para el mes de octubre. Una mujer no se cansaba de enseñar un zapato empapado, una bailarina barata de un rojo vulgar.

—Está para el arrastre —comentaba a sus acompañantes.

—Plantillas antiolor —le dijo Jack a Walker, señalando el zapato con la cabeza.

—No creo que te convenga llegar tarde.

Walker levantó la muñeca, enseñando el reloj que le había regalado Jack para la boda, un Cartier muy especial de los años cuarenta en perfectas condiciones que había costado una pequeña fortuna. Walker no se lo habría podido imaginar. Otro motivo de rencor por la metedura de pata de Leo: que ahora Jack no pudiera evitar ponerle una enorme etiqueta fluorescente con el precio a todas sus pertenencias y a las de Walker, y que sintiera un arrepentimiento pasajero por todas sus compras del último o los últimos años, incluidos los gastos (nada insignificantes) vinculados a su boda, por lo demás idílica.

—Me encanta este reloj —dijo Walker.

Lo dijo con tanta ternura que Jack tuvo ganas de arrojar el vaso a la pared de ladrillo que tenía delante. Se imaginó la deliciosa sensación de alivio que lo embargaría al ver deshecho en un millón de esquirlas diminutas el cristal emplomado. Al final, lo que hizo fue levantarse y hacer chocar el vaso con la mesa.

—No dejes que te saquen de quicio —dijo Walker, poniéndole una mano en el brazo para tranquilizarlo—. Tú escucha lo que diga Leo, y luego ya hablaremos.

—Vale.

Jack se abrochó la americana y bajó por la escalera para salir a la avenida Vanderbilt... Necesitaba un poco de aire fresco antes

de la comida. Quizá diera una vuelta a la manzana. Mientras se abría paso entre el lento gentío de los fines de semana, oyó que lo llamaban. Se giró, y tardó un poco en reconocer a la mujer con boina que le sonreía como loca asomando sobre una bufanda rosa y naranja tricotada a mano, mientras agitaba el brazo y repetía su nombre. Jack esperó a que se acercara, sin moverse, mientras se le escapaba una sonrisa involuntaria. Beatrice.

Beatrice Plumb era clienta habitual de Murphy's, uno de los pubs de pasajeros en tránsito que se repartían en el corto tramo de la calle Cuarenta y tres, perpendicular a la estación Grand Central. Tenía buena relación con el dueño, Garrie, un irlandés amigo de toda la vida de Tuck, a quien le gustaba cómo tiraba las pintas y las canciones que entonaba en el bar vacío con su delicada voz de tenor (no las típicas para turistas, «Danny Boy» o «Wild Rover», sino un repertorio de canciones rebeldes como «Come Out Ye Black and Tans» o «The Ballad of Ballinamore»). Garrie había sido uno de los primeros en ir a ver a Bea tras la muerte de Tuck. Se había sacado un quinto de Jameson del bolsillo de la chaqueta y, tras servir dos vasos, había dicho: «Por Tuck. Que le sea leve el viaje». A veces, con una luz determinada, Bea lo encontraba guapo. Otras pensaba que estaba un poco enamorado de ella, pero no quería averiguarlo. Le tenía demasiado aprecio.

—Sí que vienes pronto hoy —dijo él cuando la vio entrar poco antes de las doce.

—Tengo una comida familiar. Ponme un café de esos con chorrito.

Garrie destapó el Jameson y vertió una generosa cantidad en la taza, previo paso a llenarla de café. En el cielo sin nubes, el sol estaba lo suficientemente bajo como para deslumbrar un poco a Bea en el momento en que tomó asiento en su sitio favorito, junto a la pequeña ventana de la calle. Se levantó y desplazó el precario taburete hacia la sombra, más lejos de la puerta.

No parecía octubre, sino enero. El pub olía a caldera, mocho sucio y cerveza. «Aroma de dioses», habría dicho Tuck, gran amante de los bares en penumbra cuando fuera hacía sol. Empezó a sonar el jukebox. Eran Rosemary Clooney y Bing Crosby cantando «Baby, It's Cold Outside». Bea y Garrie intercambiaron una sonrisa mordaz. Reconfortaba la poca imaginación que tenía la gente.

Bea estaba impaciente por ver a Leo, aunque también nerviosa. Su hermano no se había puesto al teléfono ninguna de las veces que lo había llamado al centro de rehabilitación. Estaría enfadado, con ella y con todos. Sentía curiosidad por su aspecto. La última vez que lo había visto, de noche, en el hospital, acababan de coserle la barbilla, y estaba pálido y petrificado. Antes del accidente ya hacía meses que tenía mala cara y estaba abotargado, cansado, con un aburrimiento que no presagiaba nada bueno.

Bea se temía una comida accidentada. Jack y Melody estaban cada vez más desquiciados por la situación del Nido. Supuso que vendrían dispuestos a hacer ostentación interesada de sus necesidades. En cambio, ella no pensaba tanto en lo que necesitaba de Leo como en otras cosas. Quería mantener cierta concordia entre sus hermanos, normalmente discordes, aunque solo fuera por espacio de una tarde, el tiempo justo para hacer que Leo... Pues no sabía muy bien qué. Aplicar algún tipo de plan que apaciguase un poco a Jack y Melody, y concediera a Leo el margen necesario para que no se cerrase en banda ni saliera huyendo.

Notó que el whisky relajaba sus extremidades y dulcificaba un poco el nerviosismo. Levantó el bolso del respaldo de la silla, y solo su peso ya le procuró cierta emoción. Bea era escritora. (¿O ex escritora? ¿O una escritora que —hasta hacía muy poco— había dejado de escribir? Nunca sabía cómo considerarse.) A veces —pocas, aunque en la revista literaria donde trabajaba aún le ocurría alguna vez— reconocían su nombre. «¿Beatrice Plumb? ¿La escritora?», y la conversación se iniciaba de un modo optimista. Bea se sabía de memoria la secuencia: primero

el brillo feliz de reconocimiento, y luego el ceño fruncido al intentar recordar alguna obra reciente que no fueran sus primeros, y ya añejos, relatos. Una década de práctica le había enseñado a prevenir lo inevitable. Iba siempre armada de un puñado de respuestas sobre su esperada novela, maniobras de despiste que no dejaban margen para nada más: un viejo chiste sobre lo despacio que escribía, de modo que si dividía los años en horas, el adelanto se contaba mejor en medios peniques; una falsa superstición a la hora de hablar de obras inacabadas; una cómica exasperación por su perfeccionismo incorregible...

Sacó de su gran bolso de lona una cartera de color marrón oscuro que había llamado la atención de Leo en el mercado londinense de Portobello Road, en los años en que Bea iba a la universidad y había empezado a escribir en serio. Leo se la regaló por su cumpleaños. Era de principios del siglo xx, del tamaño de un cuaderno grande, y parecía un maletín en miniatura, con su asa pequeña y sus cierres de cuero, como si pudieran haberla lucido en la Viena finisecular. A ella le había encantado. La consideraba su cartera de la suerte, al menos hasta que se le acabó (la suerte). Hacía unas semanas, al redescubrirla en lo más alto de un armario, la había llevado a un zapatero del barrio para que arreglara una de las correas. Ahora, limpia y bruñida la piel, parecía casi nueva, con la pátina justa de vejez y desgaste, como si durante años hubiera contenido manuscritos de éxito. Desabrochó las correas, levantó la solapa y sacó un fajo de hojas cubiertas con los abundantes bucles de su letra. Había escrito más en pocos meses que en los últimos años.

Y lo que escribía era bueno de verdad.

Y se sentía fatal.

Años atrás, justo después del posgrado, se había dejado enrolar por Leo en una revista fundada por él y otras personas, cuando aún no era un disparate fundar una revista. Se llamaba *SpeakEasy*, y tenía el punto justo de ingenio e irreverencia para resultar un

poco escandalosa, virtud que hizo furor desde el primer momento en el enrarecido mundo de los medios de comunicación neoyorquinos (justamente el grupo del que se burlaba sin piedad). Leo tenía una sección mensual de noticias sobre comunicación, salpimentadas con procaces cotilleos que ridiculizaban a diestro y siniestro a la vieja guardia de la ciudad, plagada de herencias y de nepotismo y cómica en su aislamiento. Dicha sección le procuró cierta fama, así como un gran número de antipatías. A los pocos años la revista dejó de publicarse, pero para entonces casi toda la plantilla original se había embarcado en iniciativas de mayor enjundia en el mundo de la comunicación, o en escribir novelas de éxito, o en otras actividades literarias de prestigio.

Leo fue durante mucho tiempo el gran triunfador. Tras reunir a algunos de los colaboradores más jóvenes de *SpeakEasy*, montó en su pequeño apartamento una versión *online* de la revista. Sin renunciar a la mordacidad, amplió sus objetivos a todas las personas y sectores criticables que llamaran su atención, y en quince meses el negocio había crecido tanto que la web inicial se había ramificado en diecisiete. Transcurridos solo tres años, Leo y su socio vendieron su pequeño imperio a un grupo de comunicación a cambio de una pequeña fortuna.

Bea aún echaba de menos los primeros tiempos de *SpeakEasy*. La redacción parecía un campamento de verano, un lugar bullicioso donde todos los niños eran listos y graciosos, y pillaban los chistes a la primera, y sabían beber. Fue Leo, en esa época, quien la incitó a acabar los primeros relatos. Y quien diseccionó sus párrafos hasta altas horas de la noche, mejorando y condensándolo todo y dándole más gracia. Y quien pasó su primer relato al responsable de ficción de *SpeakEasy* (el actual jefe de Bea, Paul Underwood) para su inclusión en el primer monográfico de relatos cortos: «Las voces más nuevas de Nueva York: a quién hay que leer». Y quien puso su foto en la portada de la revista (con un pie muy de *SpeakEasy*, «Nuestro relato favorito lo ha escrito la hermana del director, para que os enteréis»). De vez en cuando aún publicaban esa foto de Bea en algún recordatorio

de *SpeakEasy* («¿Qué ha sido de ellos?»), o del grupo de escritoras jóvenes (Bea entre ellas) que un periodista tuvo la irritante idea de bautizar como «las Glitteratas». La foto había sido tomada en la calle Mott de Chinatown, frente a un escaparate de lustrosos patos a la pekinesa colgados en ganchos plateados, con las cabezas orientadas en la misma dirección. Bea llevaba un vestido amarillo cantón, con falda abullonada, y apoyaba en un hombro una sombrilla verde laqueada con pequeñas peonías rosas y blancas. En esa época, las largas trenzas que seguía llevando eran de color caoba, y se las juntaba en la nuca. Con la barbilla baja, los ojos cerrados y el perfil bañado por el sol de un atardecer de agosto, parecía una moderna Anunciación. La foto aparecía en la solapa trasera de su primer (y único) libro. El parasol estuvo colgado varios años encima de su cama. El vestido amarillo aún lo tenía en algún sitio.

Le hizo señas a Garrie, que se acercó con más café y le dejó la botella de Jameson al lado de la taza. Bea vio que posaba la vista en sus notas, pero muy fugazmente. Después de haberla oído hablar tantas veces con Tuck, y lamentarse sobre la novela inédita, no era tan tonto como para hacer preguntas sobre su trabajo, cosa que a Bea le inspiró una sensación aún mayor de patetismo, si cabía.

Si a Leo le había gustado tanto su primer relato (y lo había publicado), era porque trataba sobre él. El personaje bautizado como Archie por la autora era una traslación poco disimulada del joven Leo en la piel de un gracioso, egocéntrico y cáustico donjuán. La segunda historia de Archie la había publicado *The Paris Review*, y la tercera *The New Yorker*. Luego Bea había encontrado un agente: Stephanie, una amiga de Leo que también daba sus primeros pasos en la profesión, y que consiguió un acuerdo por dos libros a cambio de tanto dinero que Bea, mareada, tuvo que sentarse en su despacho y respirar en una bolsa de papel. El libro de relatos (cuyo punto culminante, por consenso de la crítica, eran los tres cuentos sobre Archie, «gozosamente

irónicos», «hilarantes e ingeniosos», «te seduzca o te repela Archie, no podrás resistirte a sus turbios encantos») tuvo unas ventas módicas.

—No pasa nada —le dijo Stephanie—. Se trata de ir sentando las bases para la novela.

Tuvo curiosidad por saber si Stephanie y Leo seguían en contacto, y si Stephanie estaba al corriente de la situación. Hacía más de un año que no hablaba con Bea, desde una tensa comida en el centro. «¿Quedamos en algún sitio tranquilo?», había propuesto por correo electrónico, como un anuncio para Bea de lo difícil (que no sorprendente) que sería la conversación en torno a su novela, mil y una veces aplazada, y laboriosamente retocada hasta el exceso.

—Soy consciente del trabajo que hay en este manuscrito —dijo Stephanie (con generosidad, puesto que ambas sabían que hacía bastante tiempo que el trabajo en cuestión brillaba por su ausencia)—, y tiene muchas cosas dignas de admiración...

—Dios mío. —A Bea le pareció mentira oír la misma frase hecha que había usado mil veces cuando no se le ocurría nada, pero nada en absoluto, que admirar en una prosa ajena—. No me vengas con lo de la admiración, por favor te lo pido. Di lo que tengas que decir y punto.

—Tienes razón, perdona. —Stephanie parecía molesta, al borde del enfado. Por otra parte, observó Bea con sorpresa, se la veía mayor, aunque supuso que a ella le pasaba lo mismo. Stephanie había estado toqueteando un sobre de azúcar: primero había rasgado una esquina, después había doblado un lado y por último lo había dejado en pie sobre su plato—. Bueno, pues ahí va. Todo lo que me gustaba tanto de tus cuentos, el ingenio, el candor, la capacidad de sorpresa... Todo lo que funcionaba en esas páginas... —Dejó la frase a medias. Ahora solo parecía perpleja—. En estas no lo encuentro.

A partir de ese momento, la conversación cayó en picado.

—¿Me estás dando calabazas? —dijo al final Bea, intentando aligerar el ambiente con una broma.

—Sí —respondió Stephanie, para que no cupieran dudas sobre su situación con Bea—. Lo siento mucho, pero sí.

La noche que firmó el contrato, una larga velada regada con alcohol en la que su entusiasmo estaba aún tan intacto que le permitía cambiar el ambiente de una sala solo con cruzarla, como un frente atmosférico, Bea les dijo a Stephanie y a Leo:

—Quiero que sea una novela de las grandes.

—Eso es trabajo mío —contestó Stephanie—. Tú límitate a escribirla.

—Me refiero al argumento. Quiero que sea de los de envergadura, necesario. Quiero jugar un poco y experimentar con la estructura.

Hizo señas a su camarero y pidió otra botella de champán. Leo encendió un puro.

—Experimentar puede ser bueno —dijo Stephanie con ciertas dudas.

Muy borracha, y muy contenta, Bea se reclinó en el banco, y con los pies en una silla le quitó el puro a Leo e hizo tres anillos de humo que vio flotar en dirección al techo, mientras tosía un poco.

—Pero de Archie ni hablar —dijo Leo de sopetón—. A Archie lo jubilamos, ¿vale?

Bea se llevó una sorpresa. No es que tuviera pensado escribir más relatos sobre Archie, pero tampoco se había planteado «jubilarlo»... Mientras miraba a Leo por encima de la mesa, y entre carraspeos trataba de enfocar la vista a través del humo, del champán y de las diminutas cucharadas de coca aspiradas horas antes en el cuarto de baño, pensó: vale. ¿Cómo era aquel versículo de la Biblia? ¿Tiempo de dejar atrás las niñerías?

—Vale —se oyó decir—, pues de Archie ni hablar.

Fue concluyente.

—Mejor —dijo él.

—Además, tampoco eres tan interesante.

Le devolvió el puro.

—No, ahora ya no —dijo Stephanie.

Bea fingió no darse cuenta de que los dedos de esta última subían por la pierna de Leo y desaparecían por debajo del mantel de tela.

¿Cuántas páginas llevaba escritas desde entonces? ¿Cuántas desechadas? Demasiadas para pensarlo. Miles. Grande sí lo era, la novela. Quinientas setenta y cuatro páginas: así de grande. No había querido volver a mirarla.

Se echó un poco más de Jameson en la taza, prescindiendo del café, y miró otra vez las páginas que nadie había visto ni sabía que existieran. No era una historia sobre Archie. De verdad que no. Pero tenía energía, movimiento, la misma ligereza lingüística de hacía tantos años, cuando le salía con facilidad, antes de esfumarse de la noche a la mañana como si hubiera desaprendido en sueños una habilidad esencial (atarse los zapatos, montar en bicicleta, chasquear los dedos) y a partir de entonces no hubiera sabido recuperarla.

En su última conversación, Stephanie había dejado un pequeño resquicio: si tienes algo nuevo que enseñarme (dijo), pero nuevo de verdad, quizá podamos hablar. Pero antes Bea tendría que mostrarle las páginas a Leo. Probablemente. Tal vez. O tal vez no.

—¿Y para cuándo algo sobre tu propia vida? —había dicho su hermano con cierto mal humor tras la publicación del último relato de Archie, el que se acercaba un poco demasiado a sus características menos deseables y más voraces.

¿Para cuándo? Para ahora. Esta vez Bea había usado su vida. ¿Cómo podía atreverse Leo a poner pegas? Estaba en deuda con ella. Sobre todo después de la noche en el hospital. Lo ocurrido en julio también le había pasado a ella. También era su vida.

Nora y Louisa caminaban de la mano por Central Park West, sin aliento por haber corrido tres manzanas desde la academia y también por la expectación.

—Allá vamos —dijo Nora, apretando la mano de su hermana—. Derechas a una muerte segura o a la esclavitud sexual, o a las dos cosas.

Louisa se rio, aunque estaba nerviosa. Saltarse las clases de preparación del examen de acceso a la universidad había empezado como una simple broma.

—Podríamos dejar los móviles en las taquillas y marcharnos —le había dicho a Nora después de una sesión insoportable—. A la única a quien le importa si estamos aquí es a mamá.

La expresión de su hermana le dijo que inconscientemente había puesto en marcha algo imparable. Ambas odiaban las clases. La tutora de su grupo apenas parecía mayor que ellas y nunca pasaba lista, ni se acordaba de los nombres, ni parecía que le importase lo que hicieran. «Aquí el ritmo os lo marcáis vosotros —decía con hastío y desgana, entre miradas la avenida Columbus por la ventana, como si su deseo más ferviente fuera reincorporarse mediante un simple salto a su querido fin de semana—. Cuanto más pongáis de vuestra parte, más sacaréis.»

—Eres un genio —le dijo Nora a Louisa—. ¡Venga, vamos!

—Lo decía en broma. Esto a mamá y papá les cuesta dinero.

—¡Está todo en el libro! —Nora sacó la enorme guía del examen de acceso—. Lo que han pagado es el libro. La tutora lo único que hace es leerlo y poner los ejercicios. Podemos trabajar en el tren, y en casa. De hecho, tampoco es muy difícil. Aún nos queda otro año antes de la preinscripción. Somos de primero.

A Louisa le tentaba, pero estaba nerviosa. Coincidió con su hermana en que las clases eran pésimas, pero aun así se sentía culpable. En casa había problemas de dinero; bueno, problemas de dinero los había siempre, porque siempre escaseaba, pero esta vez parecía distinto, y quizá más grave. Sus padres pasaban gran parte del tiempo susurrando acaloradamente. Hasta habían salido la noche anterior a discutir al patio, gélido y nevado. Louisa sabía, sin embargo, que cuando Nora tenía algo entre ceja y ceja solo era cuestión de tiempo que se hiciera realidad.

—Piensa en lo bonito que estará hoy el parque con la nieve —empezó a suplicar Nora en cuanto quedaron fuera del alcance

de los atentos ojos de su madre—. En la ciudad la nieve es evanescente. ¿Ves? Acabo de usar una palabra del centro de estudios. Venga, que es el día perfecto.

Nadie les impidió que salieran corriendo del edificio por una puerta lateral y se lanzasen calle abajo, con la expectativa de oír que las llamaban en cualquier momento. Los móviles los dejaron al fondo de una taquilla, por si su madre consultaba su ubicación por Acosolandia (y seguro que lo haría; por algo era su madre).

Louisa vaciló, sinceramente atemorizada por las advertencias de Melody acerca de Central Park y sus caminos en penumbra, plagados de viles personajes con deseos vagamente turbadores e intenciones peligrosas, pero Nora quiso buscar un puesto de salchichas, y el tiovivo, y el castillo de Belvedere, y otras cosas que solo conocían de oídas. Se había descargado un mapa antes de salir de casa, y lo llevaba impreso.

—Hoy no nos saldremos de los caminos principales —dijo mientras lo abría y señalaba un lugar donde ponía «Strawberry Fields Memorial»—. Empezaremos por aquí.

Leo Plumb se había perdido. No solía moverse mucho por la parte alta, y al intentar cruzar Central Park por un supuesto atajo había acabado en una zona que no le sonaba de nada. Tampoco era de mucha ayuda que después de la nevada el parque pareciera zona catastrófica. La nieve y el hielo que se habían acumulado en el follaje cargaban las ramas de manera peligrosa y habían destrozado, del todo o parcialmente, innumerables árboles. Muchos de los caminos del parque parecían carreras de obstáculos, resbaladizos y llenos de escombros. Estaba en marcha una campaña de limpieza a gran escala. El eco de las sierras eléctricas se oía en todas partes. Algunas zonas, acordonadas por la Policía, obligaban a dar largos rodeos. Leo se había desorientado por completo.

Levantó la vista, buscando los inconfundibles pináculos y hastiales del edificio Dakota en el flanco oeste del parque a fin de orientarse por ellos, pero desde aquel punto solo se veían

edificios más altos y desconocidos. Llegaba tarde a su cita, la que había concertado por teléfono el día antes de salir de la clínica de rehabilitación para quedar en el Strawberry Fields Memorial con su viejo amigo Rico. Tenía que buscar un lugar más elevado. Recordó un truco que en otros tiempos le había servido para ubicarse en el parque, algo relacionado con los números de la base de las farolas de hierro colado. Se aproximó a la que tenía más cerca. ¡Sí! En la base había una pequeña placa de metal con cuatro números: 6107. ¿Quería decir que solo iba por la calle Sesenta y uno? Pero ¿el «07» no indicaba algo? ¿East Side, West Side o el puto centro? A la mierda con Olmsted, sus caminos sinuosos y su bucolismo de cartón piedra. Metió las manos en los bolsillos y echó a caminar hacia lo que intuyó que era el oeste.

—Mola, supongo —dijo Louisa mirando el suelo, y la palabra *IMAGINE* en el centro de un mosaico en blanco y negro.

Se lo había imaginado muy distinto, con una imagen de John Lennon, quizá. O fresas. O campos.

Nora daba saltitos sobre la punta de los pies, por la emoción y también por el frío.

—Venga, vamos a entrar en el parque. Fíjate qué cantidad de gente y de familias. El embarcadero queda a la izquierda, justo detrás de aquella montañita.

Tenía razón. No parecía un sitio peligroso, sino animado y lleno de luz.

—Esto lo que está es pletórico —dijo Louisa, recurriendo a otra palabra del centro de estudios—. Tú primero.

A la mayor velocidad que permitía el pavimento velado por el hielo, Leo llegó a un camino que por fin reconoció. Ahora sí que veía el Dakota. El camino estaba cerrado a todos los efectos, precintado por la Policía. Al otro lado de la cinta, a uno o dos metros del suelo, se balanceaba peligrosamente una

enorme rama rota de un viejo olmo. Se metió por debajo de la cinta y se internó por el camino, corriendo un poco. Era más empinado de lo que parecía. Para colmo, llevaba unos zapatos caros con suelas como de papel. Sorteando ramas, y rodeando el olmo a una distancia prudencial, resbaló con un charco congelado, largo y casi invisible, que se rompió bajo su peso. Perdió el apoyo de sus piernas y cayó con todo su peso sobre el trasero.

—Mierda —le dijo a una bandada de gorriones que piaban como descosidos en los matorrales.

Se quedó un momento boca arriba. Sudaba mucho, aunque tuviera helados los brazos y las piernas. Sobre él, un cielo intensamente azul desmentía la llegada del invierno. Era, pensó, un cielo primaveral, cargado de promesas. Casi le apetecía cerrar los ojos y olvidarse de la cita. («¿Cita? —Sonó en sus oídos la sardónica voz de su psicóloga de rehabilitación, con su típico y nasal bufido—. Hay que llamar a las cosas por su nombre, Leo. Tú a lo que vas es a comprar droga.»)

Justo cuando se sentaba, oyó algo en el camino. Aparecieron por la curva dos adolescentes que bajaban por la cuesta con las cabezas muy juntas. La primera hablaba con animación y rapidez, gesticulando; la otra sacudía la cabeza con el ceño fruncido. Algo le gustó a Leo de aquella manera de ir muy inclinadas la una hacia la otra, como si estuviesen atadas por el hombro o el codo. La rubia levantó la vista, y al ver a Leo sentado en el hielo del camino se quedó muy quieta. Leo sonrió para tranquilizarlas, y las saludó con un pequeño gesto de la mano.

—¡Cuidado —dijo en voz alta—, que esto resbala mucho!

La rubia, alarmada, se aferró a su amiga, que lo miraba fijamente a él como si... (¿Serían imaginaciones suyas?) Como si lo reconociera. Se observaron los tres un momento. Luego la rubia agarró de la mano a la morena, y las dos se giraron y subieron otra vez por el camino, muy deprisa.

—¡Eh —gritó Leo—, que vengo en son de paz!

Apretaron el paso, sujetas por el brazo para no perder el equilibrio.

Durante un minuto, Nora y Louisa tuvieron la impresión de que la presencia casi mística de Leo la había organizado Melody, como si quisiera decir: «¿Lo veis? ¿Veis los peligros que acechan en el parque? ¿Veis la suerte que tenéis de que sea vuestra madre?». Las dos preguntaban a menudo por los hermanos de su madre, los que vivían en la ciudad, que parecían tan exóticos e interesantes, sobre todo el tío Leo, cuya foto salía de vez en cuando en el dominical de estilo, con la glamurosa Victoria, su mujer. (Una vez, en una de sus pocas reuniones familiares, Louisa había intentado llamarla «tía Victoria», despertando en ella no sabía si ganas de reír o de escupirle.) Siempre que sus hijas señalaban las fotos, Melody hacía una mueca de dolor y aparecía en sus facciones un velo de reproche y decepción. A Nora y Louisa les disgustaba tanto verla con esa cara que habían dejado de hablar de las fotos, y ahora las tenían escondidas en un cajón de su armario común. Si alguna vez preguntaban a su padre por Leo, la respuesta era siempre la misma: «Conmigo siempre ha sido muy amable. No es una persona demasiado familiar».

¿Acaso no era el tío Leo a quien acababan de ver? Patas arriba, como una tortuga. («Patas arriba no estaba –dijo Nora más tarde, en el tren de vuelta a casa, censurando los esfuerzos de Louisa por describir el singular encuentro–. Intentaba levantarse. Había mucho hielo.» Louisa, sin embargo, se mantuvo en sus trece, al estilo de su madre, insistiendo en que Leo no tenía por qué estar en el parque, y menos cuando acababa de salir de una cura de desintoxicación. ¡Había quedado para comer con sus hermanos!) Al final del camino se pararon a espiar detrás de un árbol.

–Es él, seguro –dijo Louisa.

–¿Le decimos algo? –preguntó Nora.

Louisa vaciló. También tenía ganas de acercarse, pero no le parecía conveniente.

–Se lo dirá a mamá –dijo.

Nora apretó los labios y asintió, decepcionada. Sin moverse, ni apenas respirar, dedicaron unos minutos a observar a Leo, que se levantó, se limpió los pantalones y se sentó en una roca.

—¿Qué hace? —susurró Nora, observando que él contemplaba el cielo.

Deseó que fueran una familia normal; tuvo ganas de poder bajar por el camino, corriendo y saludando con la mano, y de que él las recibiera risueño, y pasara el día con ellas... Pero no, allí estaban las dos, apretujadas detrás de un árbol. Aunque les faltara mucha información sobre la cura, sabían que Leo había tenido algún tipo de accidente, grave, y relacionado con las drogas. «Pero ¿aún queda alguien que esnife coca?», había oído decir Louisa a su madre una noche del pasado verano, hablando con su padre.

—Puede que esté comprando droga —dijo, mirando a su hermana con cara de preocupación—. Si no, ¿por qué iba a subir hasta aquí arriba justo antes de comer?

Leo suspiró y se levantó, sacudiéndose las ramitas y la tierra de los pantalones. Se sentó cerca, en una roca, para inspeccionarse los rasguños de las palmas de las manos. Estaba intranquilo por algo. Por las chicas. Les había pegado un susto de los gordos. Lo que se dice elegante, la caída no lo había sido, ya se lo imaginaba, pero ¿por qué les daba tanto miedo? Seguro que en el parque ya no estaba permitido que entraran niños sin sus padres, ni siquiera adolescentes, ni chicos. Probablemente estuvieran buscando a un policía.

Maldita sea, pensó. ¿Y si era verdad? ¿Y si estaban buscando a un madero? ¿Y si habían pensado que estaba borracho, o algo peor, y le habían dado su descripción a un policía que ya andaba en su busca? No podían pillarlo con drogas. Su abogado había insitado con una claridad meridiana: «No te metas nada por la nariz hasta que salga la sentencia de divorcio. Nada de viajes, gastos sospechosos o problemas». Fue hacia el rumor del tráfico. Por fin, en lo más alto del camino, después de una curva, supo dónde estaba. Justo delante quedaba Central Park West. Si iba en taxi a Grand Central, podía llegar puntual a la comida. Si giraba a la derecha, en dos o tres minutos se plantaría en Strawberry Fields.

Vaciló. Un ruido ensordecedor encima de su cabeza. Levantó la vista y vio tres cuervos enormes posados en uno de los pocos árboles que ya habían perdido sus hojas. Graznaban todos a la vez, como si estuvieran discutiendo sobre lo que Leo haría a continuación. Justo debajo, entre las ramas afiladas y desnudas, en la base de dos ramas que se bifurcaban, había una masa de hojas del color del barro. Un nido. Dios santo.

Miró la hora y empezó a caminar.